

CARIDAD EXTREMA

Al cumplir setenta años de edad, después de los festejos donde tomaron parte sus hijos, nietos y un bisnieto además de las nueras y yernos, Ponciano Reyes Almilcar se encerró en su biblioteca, lugar donde pasó muchos de esos años leyendo, escribiendo, meditando y últimamente viendo la televisión. Aparato que juró hace mucho no iba a entrar por ningún motivo a ese aposento y que ahora que le cuesta tanto trabajo leer lo distrae de su vida rutinaria.

Esa noche, sería a causa de la dicha de ver a toda su familia reunida o de las pocas copas que tomó, se puso a hacer una lista de su vida donde colocó logros y fracasos. La lista de logros fue mucho más amplia que la de fracasos, esto lo hizo sonreír y hasta sentirse orgulloso por ello. Después hizo otra lista de sus bienes materiales, vio que era muy larga pues en ella puso además de las dos propiedades, el auto y sus cuentas del banco todo lo que tenía en su casa: cuadros, lámparas, muebles, libros, discos, antigüedades, porcelanas, cristales, vajillas, ropa. La lista llenaba hojas y hojas. No podía creerlo.

Lo que empezó como un juego se volvió en algo obsesivo. Con papel en mano fue de cuarto en cuarto anotando todo lo que en él había: tapetes, ceniceros, tijeras, mangueras, revistas, tocadiscos, postres, máscaras, macetas, jaulas, mecates, pilas, plumas, abrelatas, zapatos, ganchos, toallas, papel de baño, carpetas, bufandas, velas, estufa, refrigerador, lavadora, martillos, cámara de fotos, binoculares...Tuvo que regresar a la biblioteca por más papeles pues los que llevaba en la mano ya estaban llenos de cosas. Cientos y cientos de ellas. ¿Cuándo compré tantas porquerías?, se preguntó. ¿Cuánto dinero está invertido en cosas que yo jamás utilizo? ¿Para qué demonios necesito esta engrapadora, este jarro de cerveza

alemán, este juego de té chino, estos guantes forrados, este sombrero de fieltro, estas pelotas de golf, esta máquina antigua de escribir, estos discos usados?

Empezó una nueva lista, ahora anotaba todo lo que no le servía para nada, que estaba seguro que jamás utilizaría ni él ni su sirvienta que es con la que vivía; los hijos hacían su propia vida en otro lugar. La lista fue igual de larga que la anterior. De puros libros que no iba a leer nunca o a releer la cantidad era de varios miles.

Por supuesto que esto no lo hizo la noche de su cumpleaños. Ese día inició la lista. Seis meses después casi todo lo tenía en libretas, en orden como a él le gustaba. Las libretas eran grandes y todas estaban llenas. Ocho meses después, anotando hasta cosas pequeñas que no había tomado en cuenta como cajas de palillos o de grapas, terminó el inventario que sabía no le iba a servir para nada, solamente para ocupar su tiempo libre, que era todo el día, y cumplir su nueva obsesión: la de saber qué tenía.

Dos semanas le tomó leer todos los datos anotados y hacer algunas correcciones. Lo que no le servía sumaba la suma estratosférica de 24,389 objetos. Cerca de veinticinco mil cosas que no me sirven para nada y que de seguro pudieran servir a los demás, aseguró.

Primero pensó en sus hijos y nietos. A ninguno de ellos les iban a interesar ni los libros, ni los discos antiguos, ni la vajilla incompleta, ni las herramientas del jardín, ni la cadena del perro o las cuerdas que compró para colgar la ropa húmeda y que jamás usó. De las veinticinco mil cosas que no me sirven difícilmente se interesarán en unas doscientas cuando mucho. A Mauricio le gusta el cuadro del Indio que está en la sala; a Florencia, la esposa de Julio, siempre le ha entusiasmado el comedor. Juan puede que quiera algún libro, pero no más de unas docenas de ellos. ¿Y el resto de las cosas?

Podía tirarlas, pero por qué, la mayoría estaban en muy buenas condiciones y si las tenía es porque en su momento le gustaron o las necesitó. Venderlas menos. No dan nada por lo usado. No era justo que algún vivales se quedara con todo por unos cuantos pesos y después sacara mucho dinero revendiéndolo. No, eso nunca.

El domingo siguiente fue a misa, cosa que hacía de cuando en cuando. El cura habló de la pobreza en el mundo, de la miseria en que vivían millones de gentes que no tenían nada, literalmente nada, ni una silla para sentarse, un plato para comer, una vela para alumbrarse.

Salió feliz de la ceremonia religiosa. El cura aseguró que la virtud de la caridad era de todas la que Dios más amaba y que los que la practicaban seguramente pasarían a su lado toda la eternidad.

Ese día pudo dormir por fin de corrido. Ya la obsesión por las cosas y qué hacer con ellas al fin desapareció. No le quedó la menor duda: todo lo iba a regalar a los pobres.

Al día siguiente nuevas interrogantes se le presentaron como por ejemplo cómo dar todo esto a los necesitados. El vivía en una colonia rica donde no hay pobres así que no podía poner todo en el patio para que lo tomara el que lo necesitara. Llevar todo a una colonia indigente era muy difícil para él pues tendría que empacar, subir y bajar cajas, contratar mudanzas. A su edad eso ya era muy difícil. Otra posibilidad era llamar a alguna institución que se dedique a eso, a rescatar muebles, ropa y utensilios para llevarlos a los que lo necesitan. Alguna de estas instituciones son serias. Pero no, él quería entregar directamente las cosas, disfrutar la dicha de los demás al hacerse de algo necesario.

La solución le llegó al recordar alguna propaganda que hizo cuando tomó parte en un programa político. Igual que esa vez mandó hacer miles de volantes y los mandó distribuir en las colonias apartadas, las colonias pobres de la ciudad. Puso una fecha, el 18 de junio. Ese día festejaba su

aniversario de bodas. Sería como un homenaje a su mujer a la que amó tanto y que tanta falta le hacía.

En un cuarto puso lo que iba a seguir utilizando. Dos hombres que contrató le ayudaron a esta tarea. Colocó en él la estufa, la lavadora, su recámara, cosas del baño, algún sillón, la televisión, algunos libros, alguna ropa y diversas cosas que se le fueron ocurriendo y que sin ellas no podría tener las comodidades mínimas que requería. Por supuesto guardó muy bien las fotos de recuerdo, el Crucifijo de madera que tanto adoraba su mujer, el álbum donde pegó los artículos periodísticos que hablaban de él y de su obra, sus medicinas. Ese cuarto lo cerró con llave. El resto de la casa podía ser visitado por el que quisiera y llevarse lo que se le antojara.

La noche anterior a esa fecha tampoco pudo dormir. En parte por la dicha de saber en vida que iba a pasar con sus cosas y en parte por el miedo de regalar algo que después pudiera necesitar. Esto último le preocupó menos. Tenía el dinero suficiente para volver a comprar lo que necesitara. Eso sí, se juró, jamás volver a comprar cosas inútiles.

Llegó el día, un día muy cálido. Se vistió con ropas ligeras y de color blanco. No invitó a su familia a presenciar su magnanimidad. Se los platicaría el domingo en que iban a comer juntos, de seguro les iba a dar gusto.

La primera familia que llegó estaba formada por dos viejos y tres mujeres, que después supo, eran sus hijas, todas casadas. Con temor entraron. Ponciano las alentó a tomar lo que quisieran. Empezaron con la ropa y las latas de alimento que estaban sobre la mesa de la cocina. Le dio cierta pena ver arrojado en una bolsa de mercado el vestido que usó su esposa para festejar los veinticinco años de casados. Ya con más confianza empezaron a abrir cajones y a agarrar cosas. No tenían donde guardar tanto. Ponciano les proporcionó bolsas. Empezó a llegar más gente. Una hora después ya eran cientos. Todos entraban con bolsas de mercado, mochilas,

petacas. Se introducían a la casa y se dedicaban más que a buscar cosas a arrebatarse a los demás lo que ya tenían. La casa era un caos total, los cajones volcados, miles de vidrios rotos de vasos, de jarras, de ventanas. Páginas de libros, rotas, volaban de un lado a otro. El sonido de los gritos era ensordecedor.

A patadas abrieron el cuarto que estaba cerrado. En tumulto entraron a él. Empezaron a tomar todo. Ponciano trató de evitarlo. Les gritó que las fotos, no; que sus medicinas, no; que su dinero, no. Nadie lo oyó. Furioso trató de impedir que agarraron lo poco suyo que quedaba. La multitud lo apartó arrojándolo al suelo. Ahí fue pisado una y mil veces. Antes de morir pudo ver que de su casa no quedaba nada, ni lámparas, ni muebles, ni ventanas, ni puertas, ni excusados. Lo único que quedaba era su cuerpo aplastado, sangrante.

Ahora seguramente está en el cielo, según dijo el cura en la misa de cuerpo presente, pues había hecho la caridad a los necesitados.

Tomás Urtusástegui

Mayo 2006